

LA ÚNICA OBRA EN EL RECOBRO DEL SEÑOR

(Sábado: primera sesión de la mañana)

Mensaje siete

Ministrar al Señor para disfrutarlo como el maná escondido, la vara que reverdeció y la ley de vida

Lectura bíblica: Ez. 44:10-11, 15-18; Hch. 13:1-2; He. 9:3-4

- I. **“Los levitas que se alejaron de Mí cuando Israel se descarriaba, que se alejaron de Mí tras sus ídolos, llevarán su iniquidad. Sin embargo, ministrarán en Mi santuario, encargados de las puertas de la casa y ministrando en la casa. Matarán el holocausto y el sacrificio para el pueblo, y estarán ante ellos para ministrarlos [...] Mas los sacerdotes levitas, hijos de Sadoc, que estaban a cargo de Mi santuario cuando los hijos de Israel se apartaron de Mí, ellos se acercarán a Mí para ministrar ante Mí, y estarán delante de Mí para ofrecermela grosura y la sangre, declara el Señor Jehová. Ellos entrarán en Mi santuario y se acercarán a Mi mesa para ministrar ante Mí, y cumplirán lo que los encargué”—Ez. 44:10-11, 15-16:**
- A. A los ojos de Dios, no sólo existe el ministerio a la casa, también hay un mejor ministerio, el ministerio al Señor.
 - B. Dios tiene una sola meta: obtener hombres que pertenecen absolutamente a “Mí”; en otras palabras, Él desea que nosotros estemos delante de “Mí” presencia y que ministremos ante “Mí”; la única meta de Dios no está relacionada con muchas cosas, sino que gira en torno a “Mí”—vs. 15-16.
 - C. Ministrar al Señor no significa que descuidemos la casa; los que ministran al Señor también predicarán el evangelio para salvar a los pecadores y ayudarán a los hermanos y hermanas en su progreso, pero su única meta será estar dedicados al Señor, y su atención estará centrada en el Señor mismo; ellos valoran a los hombres absolutamente por causa del Señor.
 - D. Si nos acercamos a la presencia del Señor, enfocándonos únicamente en Él, espontáneamente podremos ministrar también a los hermanos y hermanas; la pregunta de si ministramos al Señor o no, depende de si el Señor ocupa el primer lugar en nuestro corazón.
 - E. Todo cuanto hagamos en el servicio al Señor debe ser hecho por causa del Señor; debe ser hecho por causa de Su satisfacción, el deseo de Su corazón, Su felicidad, Su meta, Su placer y Su gloria.
 - F. En la obra del Señor hay áreas que son llamativas y atractivas para nuestra carne porque únicamente agradan y glorifican a nuestra carne—cfr. 2 Co. 4:5.
 - G. Nadie puede ministrar al Señor sin acercarse a Él, aproximándose a Él en oración; el poder espiritual no radica en el poder con que se predica sino en el poder de la oración; cuánto oramos indica cuánta fuerza interior realmente poseemos.
 - H. Si queremos ministrar al Señor en el Lugar Santísimo, debemos pasar tiempo delante del Señor y orar más; debemos acercarnos a Él, estar ante Él y esperar por Su voluntad.

- I. Orar es estar delante de Dios (Ez. 44:15), es buscar Su voluntad delante de Él a fin de ser salvos del pecado de la presunción (Sal. 19:13).
- J. Los que ministraban ante el Señor tenían que ofrecerle la grosura y la sangre—Ez. 44:15:
 - 1. La grosura de las ofrendas tipifica la preciosidad de la persona de Cristo, mientras que la sangre representa la obra redentora de Cristo.
 - 2. En nuestro servicio a Dios tenemos que presentarle ambas cosas; la sangre es para la santidad y la justicia de Dios, mientras que la grosura es para la gloria de Dios.
- K. Los que ministraban al Señor tenían que vestirse con vestiduras de lino, no con vestiduras de lana ni nada que los hiciera sudar—vs. 17-18:
 - 1. Las vestiduras de lino representan un vivir y andar diario en el Espíritu vivificante mediante la vida de Cristo; tal vivir y andar es puro, limpio y fino.
 - 2. Las vestiduras de lana harían que el sacerdote sudase (v. 18), lo cual es señal del hombre caído que labora bajo la maldición de Dios, sin la bendición de Dios, valiéndose de su propia energía y fuerzas (Gn. 3:19).
 - 3. La labor que hace sudar es aquella que proviene del esfuerzo humano y que no cuenta con la bendición de Dios el Padre; todos los que ministran al Señor deben realizar una obra que no les cause sudor, es decir, una obra que no dependa del esfuerzo humano y la fuerza carnal.
 - 4. Si pasamos suficiente tiempo en la presencia de Dios y nos relacionamos apropiadamente con Él, no tendremos necesidad de sudar delante de los hombres; podremos lograr mucho más en nuestra labor con el mínimo esfuerzo.
- L. “Había entonces en Antioquía, en la iglesia local, profetas y maestros [...] Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”—Hch. 13:1-2:
 - 1. Ésta es la obra del Nuevo Testamento y el único principio relacionado con la obra del Nuevo Testamento: la obra del Espíritu Santo únicamente puede ser revelada durante el tiempo en que se ministra al Señor.
 - 2. Sólo en el momento en que se ministra al Señor el Espíritu Santo enviará a algunos; si no le damos la mayor prioridad a ministrar al Señor, todo estará fuera de orden; sólo el Espíritu Santo tiene la autoridad de darles a los hombres la comisión para que trabajen.
 - 3. Ministran al Señor no significa que abandonamos toda la obra que se realiza externamente; más bien, toda la obra que se realiza externamente debe basarse en nuestro ministerio al Señor.
 - 4. Nosotros salimos como resultado de haber ministrado al Señor, y no simplemente motivados por nuestros propios deseos, los cuales no tienen fundamento en el ministerio al Señor.

II. “Tras el segundo velo estaba otro tabernáculo, llamado el Lugar Santísimo, el cual tenía [...] el Arca del Pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba la urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto”—He. 9:3-4:

- A. El maná escondido es la porción de Cristo que disfrutamos en la presencia de Dios cuando no hay distancia alguna entre y Él; cuando no hay ninguna

distancia entre nosotros y el Señor, nosotros disfrutamos a Cristo de la manera más íntima y escondida; éste es el disfrute del maná escondido, la porción escondida de Cristo—Éx. 16:31-36:

1. Vencer la condición de la iglesia en Pérgamo es separarnos de la práctica general del cristianismo actual y permanecer en la presencia de Dios ministrándolo a Él directamente, y no a ninguna otra cosa; es aquí donde disfrutamos algo de Cristo que todos los que están lejos de Su presencia no pueden gustar—Ap. 2:17.
 2. Si deseamos disfrutar del maná escondido, no debe haber distancia entre nosotros y Dios; toda la distancia entre nosotros y el Señor tiene que ser eliminada.
 3. Cuando ministramos al Señor y le disfrutamos como el maná escondido, tenemos comunión con Él directamente y podemos conocer Su corazón e intención; es en la presencia del Señor que podemos ser cargados con Él, con Su intención y con todo lo que Él desea que hagamos.
 4. Mientras ministramos al Señor, recibiremos el respaldo de Dios porque estamos en Su presencia, conscientes de que no hay ninguna distancia entre nosotros y Dios.
- B. La vara que reverdeció significa que Cristo, el Resucitado, debe ser nuestra vida, nuestro vivir y la vida de resurrección en nosotros y que esta vida debe reverdecer, florecer y dar fruto hasta la madurez—Nm. 17:8:
1. Después que los hijos de Israel se rebelaron, como consta en Números 16, Dios mandó a los doce líderes que tomaran doce varas conforme a las doce tribus de Israel y las pusieran en la Tienda del Testimonio delante del Arca; después de esto dijo: “Reverdecerá la vara del varón que Yo escoja”—17:5.
 2. Todas las doce varas eran varas sin hojas, sin raíces, secas y muertas; la que reverdeciera era la que Dios había escogido; aquí vemos que la resurrección es la base de la selección de Dios y que la base del servicio es algo aparte de nuestra vida natural; por lo tanto, la vara que reverdeció representa nuestra experiencia de Cristo en Su resurrección como nuestra aceptación por Dios a fin de tener la autoridad en el ministerio que Él nos ha dado.
 3. El principio que rige todo servicio estriba en la vara que reverdece; Dios devolvió a los líderes todas las once varas pero guardó la vara de Aarón dentro del Arca como un memorial eterno; esto significa que la resurrección es un principio eterno en nuestro servicio a Dios—vs. 9-10:
 - a. La resurrección significa que todo procede de Dios y no de nosotros; significa que sólo Dios es apto y que nosotros no lo somos.
 - b. La resurrección significa que todo es hecho por Dios y no por nosotros; todos los que conocen la resurrección han perdido la esperanza en sí mismos y saben que no pueden hacer nada.
 - c. Mientras permanezca la fuerza natural, el poder de la resurrección no podrá manifestarse; mientras Sara pudiera concebir un hijo, Isaac no vendría—Gn. 18:10-15; 21:1-3, 6-7.
 - d. Todo lo que nosotros podamos hacer pertenece a la esfera natural y lo

- que es imposible para nosotros pertenece a la esfera de la resurrección; un hombre debe llegar al final de sí mismo para convencerse de su total inutilidad—Mt. 19:26; Mr. 10:27; Lc. 18:27.
- e. Si el hombre nunca se ha percatado de su propia incapacidad, jamás podrá experimentar la capacidad del poder de Dios; la resurrección significa que no podemos hacer nada y que es Dios quien lo ha hecho todo—cfr. 2 Co. 1:8-9; 4:7.
- C. Las tablas del pacto, que eran las tablas de la ley, representan la ley de la vida divina, que es el poder espontáneo, la función automática, la habilidad innata y la capacidad divina de la vida divina—Jer. 31:33; He. 8:10; cfr. Ro. 8:10, 6, 11; 10:12-13:
1. La ley, esta capacidad divina, de vida lo puede hacer todo en nosotros a fin de llevar a cabo la economía de Dios:
 - a. Conforme a esta capacidad, podemos conocer a Dios, vivir a Dios y ser constituidos con Dios en Su vida y naturaleza a fin de que lleguemos a ser Su aumento, Su agrandamiento, para ser Su plenitud con miras a Su expresión eterna—Ef. 1:22-23; 3:19-21.
 - b. Además, la capacidad de la ley interna de vida nos constituye en miembros del Cuerpo de Cristo que desempeñan toda clase de funciones—4:11, 16.
 2. A medida que la vida divina crece en nosotros, la ley de vida cumple la función de moldearnos o conformarnos a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios—Ro. 8:2, 29:
 - a. La ley de vida no nos regula para impedirnos hacer lo malo, sino que más bien regula la forma de vida.
 - b. La ley de vida no opera principalmente en el sentido negativo de decirnos lo qué no debemos hacer, sino que más bien, a medida que la vida crece, opera en el sentido positivo de moldearnos, o sea, conformarnos, a la imagen de Cristo.
 - c. Mediante la función de la ley de vida, todos llegaremos a ser los hijos maduros de Dios, y Dios obtendrá Su expresión universal.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

¿QUÉ ES LA RESURRECCIÓN?

Ahora mi pregunta es: ¿qué es la resurrección? La resurrección es todo aquello que no proviene de nuestro ser natural, ni de nosotros mismos ni se basa en nuestra capacidad. La resurrección se refiere a lo que está más allá de nuestro alcance, lo que no podemos hacer nosotros. A cualquier vara se le pueden tallar algunas flores o pintar de colores, pero nadie puede hacerla florecer. Nunca hemos escuchado que después de haber sido usada por décadas una vara pueda reverdecer y florecer. Ésta es la obra de Dios. Ninguna mujer puede dar a luz después que se ha cerrado su matriz, pero Sara dio a luz a Isaac (Ro. 4:19). Ésta fue la obra de Dios. Por tanto, Sara tipifica la resurrección. ¿Qué es la resurrección? La resurrección quiere decir que nadie puede hacer nada en sí mismo, sino sólo por medio de Dios. Significa que se hace caso omiso de lo que uno es y confía sólo en lo que Dios es. Tiene poca importancia si uno es más inteligente o más elocuente que otros. Si uno tiene alguna espiritualidad, ésta no proviene de uno, sino de la obra de Dios. Supongamos que Aarón hubiera sido lo suficientemente

necio como para decirles a los demás: “Mi vara es diferente a las de ustedes, es más fina, más resplandeciente y más derecha; ésta es la razón por la que reverdeció”. ¡Cuán necio e insensato habría sido! Si pensamos, aun por un momento, que somos diferentes a los demás, eso sería una terrible necesidad. Incluso si hay algo diferente en uno, es el resultado de la obra de Dios. La resurrección indica que todo proviene de Dios.

El nombre Isaac significa “risa”. ¿Por qué llamó Abraham a su hijo “risa”? Lo llamó Isaac por dos razones. Primero, Dios le prometió a Abraham que Sara daría a luz un hijo. Cuando Sara escuchó esto se rió, lo cual era lo más natural. Cuando se miró a sí misma, no pudo hacer otra cosa que reírse. Su tiempo de concebir había pasado y su matriz estaba cerrada. ¿Cómo podría ella dar a luz? Ella pensó que esto era imposible. Por eso se rió cuando Dios le dijo a Abraham que ella tendría un hijo. En segundo lugar, cuando Sara dio a luz a un hijo un año después, ella se reía de alegría. Por eso, Dios llamó al niño Isaac (Gn. 18:10-15; 21:1-3, 6-7), que significa “risa”. La primera vez que ella se rió, lo hizo pensando en lo imposible que le parecía la promesa. La segunda vez ella se rió porque para su sorpresa descubrió que sí había sido posible. Si uno nunca ha experimentado la primera risa, no podrá experimentar la segunda. Si uno nunca se ha percatado de su propia incapacidad, no podrá experimentar la capacidad del poder de Dios. Sara se conocía a sí misma; se conocía muy bien. Estaba consciente de que no podía lograrlo, pero tan pronto vio la obra de Dios, pudo reírse. ¿Qué es la resurrección? La resurrección significa que Dios nos da algo que no tenemos en nosotros mismos. La Biblia testimonia una y otra vez que el hombre no puede hacer nada por su propia cuenta. Pero muchas personas piensan que sí pueden. En lo relativo al servicio, si algunos en verdad se riesen de sí mismos, diciendo: “No puedo hacer esto”, se reirían nuevamente diciendo: “Yo no lo hice; me conozco bien, el Señor lo hizo por mí”. Si hay alguna manifestación de la autoridad en nosotros, debemos decirle al Señor: “Señor, Tú hiciste esto; no fui yo”. La resurrección significa que uno no puede hacer nada y que es Dios quien lo hace todo

LA RESURRECCIÓN ES EL PRINCIPIO ETERNO DEL SERVICIO

El principio de todo servicio yace en la vara que reverdece. Dios devolvió las once varas a los líderes, pero guardó la vara de Aarón dentro del Arca como un memorial eterno. Esto significa que la resurrección es un principio eterno en nuestro servicio a Dios. El siervo del Señor es uno que ha muerto y resucitado. Dios da testimonio a Su pueblo reiteradas veces de que la autoridad para servir a Dios se basa en la resurrección y no en la persona misma. Todos los servicios ofrecidos al Señor deben pasar por la muerte y la resurrección a fin de que sean aceptables a Dios. La resurrección significa que todo procede de Dios y no de nosotros; significa que sólo Dios es apto y que nosotros no lo somos. La resurrección significa que todo es hecho por Dios y no por nosotros. Los que tienen un alto concepto de sí mismos se han engañado en su propio aprecio y no conocen el significado de la resurrección. Nadie debe equivocarse al pensar que puede hacer algo por sí mismo. Si un hombre continúa pensando que es capaz, que puede hacer algo y que es útil, no sabe lo que es la resurrección. Tal vez sepa de la doctrina, la razón o el resultado de la resurrección, pero no conoce la resurrección misma. Todos los que conocen la resurrección han perdido toda esperanza en sí mismos y saben que no pueden hacer nada. Mientras permanezca la fuerza natural, no habrá lugar para que el poder de la resurrección se manifieste. Mientras Sara pudiera tener un hijo, Isaac no vendría. Todo lo que nosotros podamos hacer pertenece a la esfera natural y lo que es imposible para nosotros pertenece a la esfera de la resurrección.

La habilidad de Dios no se manifiesta en la creación sino en la resurrección. La grandeza

del poder de Dios no es manifestado por medio de la creación sino por la resurrección. Cuando el poder de Dios se manifiesta en la creación, no necesita ser precedido por la muerte; pero cuando Su poder se manifiesta mediante la resurrección, sí necesita ser precedido por la muerte. Lo creado no necesita nada que lo preceda, pero todo lo que provenga de la resurrección, necesita algo que lo preceda. Si un hombre puede sobrevivir por lo que ya poseía, no ha experimentado la resurrección. Si la capacidad de un hombre radica en lo que tenía anteriormente, no tiene la resurrección. Si él es lo que era desde un principio o si lo que posee ahora es lo que antes poseía, no tiene la resurrección. Debemos reconocer que no podemos hacer nada, ni ser nada ni tener nada. Somos como un perro muerto. Si reconocemos esto, y hallamos que todavía hay algo vivo en nosotros, eso es la resurrección. La creación no necesita conocer la muerte, pero la resurrección requiere que caigamos postrados delante de Dios y confesemos: “No puedo hacer nada. No soy nada y no tengo nada. Esto es lo que soy. Si puedo dar algo a otros es porque Tú me lo diste primero. Si puedo hacer algo, es porque Tú lo haces por medio de mí”. Una vez que nos postremos así delante del Señor, todo lo que tenemos vendrá a ser la obra de Dios en nosotros. En lo sucesivo, jamás estaremos equivocados, ya que reconoceremos que todo lo que está muerto pertenece a nosotros y que todo lo que está vivo pertenece a Dios. Debemos distinguir claramente entre el Señor y nosotros; todo lo que tenga que ver con la muerte pertenece a nosotros, y todo lo que se relacione con la vida pertenece al Señor. El Señor nunca se confunde, pero nosotros a menudo nos confundimos. Uno debe llegar al final de sí mismo para convencerse de su total inutilidad. Después que Sara dio a luz a Isaac, no fue tan necia como para pensar que ese hijo era producto de su fuerza. El pollino no debía pensar erróneamente que la proclamación del hosanna estaba dirigida hacia él. Dios tiene que llevarnos al punto donde no confundamos lo que procede de Él con lo que sale de nosotros.

Todo aquel que está en una posición de autoridad debe tener esto presente; no debe equivocarse jamás al respecto. No debe haber ningún malentendido acerca de la autoridad. La autoridad procede de Dios y no de nosotros; solamente somos guardianes de ella. Sólo quienes han visto esto, son aptos para ser la autoridad delegada. Hermanos y hermanas, cuando nos preparamos para la obra, no debemos ser necios pensando que tenemos alguna autoridad innata. Tan pronto como violamos el principio de la resurrección, perdemos la autoridad; y cuando tratamos de exhibir la autoridad, la perdemos. Una vara seca sólo puede exhibir muerte. Pero cuando uno está en resurrección, uno tiene la autoridad, ya que la autoridad se basa en la resurrección y no en la vida natural. Todo lo nuestro es natural. Por tanto, la autoridad no reposa sobre nosotros, sino sobre el Señor

EL TESORO Y LOS VASOS DE BARRO

Lo que Pablo presenta en 2 Corintios 4:7 concuerda con esta enseñanza. He pensado muchas veces que Pablo describe un hermoso cuadro en este capítulo. Él se compara con un vaso de barro y compara el poder de la resurrección que está en él con un tesoro. Es como el unguento precioso contenido en el frasco de alabastro. Él sabía perfectamente que él era solo un vaso de barro y que el tesoro que tenía dentro era la excelencia del poder. Hay una gran diferencia entre estas dos cosas. Pablo dijo que el poder de la resurrección es un tesoro cuya grandeza excedía a todo. Éstas son palabras francas de un hombre sincero; él lo describe muy bien con la expresión “la excelencia del poder”. Luego añade que él estaba oprimido en todo aspecto, mas no ahogado, debido a la eficacia del tesoro. En sí mismo estaba en apuros, pero debido al tesoro no estaba completamente sin salida. Él era perseguido, pero por el tesoro no estaba abandonado. En sí mismo estaba derribado, pero por el tesoro no estaba destruido.

En lo que a él se refería, era oprimido en todo aspecto, mas en lo que se refiere al tesoro no estaba ahogado. Por un lado, había muerte, pero por otro, había vida. Por un lado, somos entregados a la muerte constantemente, pero por otro, la vida se manifiesta en nosotros. A medida que la muerte opera, la vida se manifiesta. En 2 Corintios 4 y 5 se revela el centro del ministerio de Pablo. Lo único que allí encontramos es el principio de la muerte y la resurrección. Todo lo que hay en nosotros es muerte y todo lo que está en el Señor es resurrección

DONDE HAY RESURRECCIÓN HAY AUTORIDAD

Si hay autoridad en nosotros, ésta proviene de Dios y no de nosotros. Jamás debemos equivocarnos en esto; debemos ver claramente que toda autoridad proviene del Señor. Estamos aquí en la tierra con el único fin de mantener Su autoridad, no para ejercer la nuestra, ya que la autoridad no nos pertenece. Cada vez que confiamos en el Señor, se despliega la autoridad. Pero cuando expresamos la vida natural, llegamos a ser iguales a cualquier otra persona y carecemos por completo de autoridad. Sólo lo que procede de la resurrección resulta en autoridad. La autoridad se basa en la resurrección, y no en nosotros mismos. Ninguna vara común puede ser puesta delante de Dios; sólo una vara que esté en resurrección puede ser puesta delante de Él. Además, la resurrección se encuentra en la vara que reverdece. No nos referimos a una resurrección en general, sino a una plena resurrección. No se trata sólo de una débil expresión de la vida de resurrección, sino de una vida que ha reverdecido, florecido y dado frutos. Ésta es la vida de resurrección madura. Sólo quienes son maduros en la vida de resurrección, pueden actuar en calidad de autoridad delegada de Dios. Cuanto más se exprese en nosotros la vida de resurrección, más autoridad tendremos. (*La autoridad y la sumisión*, págs. 149-154)